

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

Tradicionalismo y cambio social en el valle de Santa María: Una valiosa experiencia de investigación interdisciplinaria

La Universidad Nacional del Litoral acaba de editar la primera publicación de una serie destinada a seguir paso a paso los adelantos de un interesantísimo ensayo: el estudio de conjunto de una instalación humana tradicional en medio árido, el valle de Santa María¹.

De presencia hermosa, en una edición casi lujosa, esa publicación ya nos permite tomar contacto con la investigación y sus primeras conclusiones. Como obra de un equipo de sociólogos, ofrece una problemática sociológica, la cual escapa a nuestro enfoque; pero, por ser el primer intento de investigación interdisciplinaria, merece que nos detengamos a exponer los resultados y a reflexionar acerca de los métodos de la búsqueda.

Tenemos ya a la vista un valioso aporte de datos. ¡Hay que decirlo, pues! Historiadores y sociólogos de Rosario han emprendido un estudio a fondo, en el terreno, de una región aislada y algo desconocida; han recorrido el valle a lo ancho y a lo largo, multiplicando encuestas y observaciones; se han planteado muchos problemas y no pocos son los que han resuelto. Todo geógrafo deseoso de conocer los oasis de los valles y bolsones de la Prepuna tendrá que referirse a esa obra ejemplar por su empeño en lo cierto y lo concreto.

Todos sabemos algo de lo original que es este valle. Nos permite plantear en la Argentina el problema de la adaptación de las comunidades indígenas a la conquista y, más tarde, a la independencia. Los indios de los valles calchaquíes supieron resistir largo tiempo a la penetración española, concentrando sus aldeas en los rincones de las quebradas, en alturas hasta donde los invasores no se animaban a ir a desalojarlos. El aislamiento, pues, no da la razón de esa resistencia: desde el comienzo de la conquista el valle sirvió de camino para las tropas en marcha hacia el Pacífico. Se sabe como sólo la deportación masiva pudo poner punto final a las guerras calchaquíes en el siglo XVII. Este masivo despoblamiento constituyó el punto de partida de una nueva estructuración de la sociedad vallista. Habiendo desaparecido la mano de obra, las encomiendas fueron distribuidas en mercedes a las grandes familias de la Colonia, tal la de los Aramburu, la cual, en el año 1826 cederá una fracción para

1 MEISTER, A., PETRUZZI, S., y SONZOGNI, E., *Tradicionalismo y cambio social*, Publicación 1, serie Estudio de Área en el Valle de Santa María, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, 1963, 129 p., 1 mapa, 11 fot.

la fundación del pueblo de Cafayate. Al mismo tiempo los jesuitas crean los establecimientos de Santa María y de San Carlos, en ambas extremidades del valle. En el siglo XVIII se percibe un relativo equilibrio que se asienta, se nos dice, en una suerte de patriarcado familiar latifundista que dejará pasar en la máxima indiferencia los acontecimientos de 1810 y la afirmación de la independencia nacional. Sin embargo, ¿están realmente tan seguros de que la sociedad vallista tenía la mismísima estructura de la del virreinato² o bien se trata de una mera extrapolación? Los historiadores tendrán que ahondar su búsqueda para tratar de percibir las diferencias que conformaban ya, tal vez, la originalidad de este mundo.

Se ve más nítidamente la situación en el siglo pasado. Hacia los dos últimos decenios la economía del valle descansaba en los cultivos de maíz y de trigo, la vid y los telares domésticos. De este modo el valle no constituía un mundo clausurado y autónomo. Santa María era la gran plaza que regulaba el comercio de las mulas hacia el altiplano. Iban a comprar a Córdoba y Santiago del Estero las mulas apenas criadas, las domaban en Santa María, para después dejarlas invernar en los alfalfares de Poma antes de arrearlas hasta Bolivia. Relación con el exterior, también por el circuito del dinero, pues ya no se trataba de trueque sino de pago con cartas de cambio que se hacían efectivas en los bancos de Salta y de Córdoba. De estas ciudades traían las mercaderías que desalojaban al artesanado local. Ya a mediados del siglo la crisis del artesanado textil vallista es potente. Pero hacen falta aún muchas investigaciones para conocer las condiciones, el volumen y las consecuencias de la introducción de la economía monetaria en el valle. Tal vez dará elementos para resolver un problema aún sin solución: ¿cómo en el sur se han transformado las mercedes coloniales en tantos minifundios mientras que siguen todavía los latifundios en el norte? De todos modos se precisará una encuesta histórica de las más minuciosas para llegar a la reconstitución de todo este proceso. Retengamos la hipótesis de las diferentes disponibilidades de agua: en el sur los terrenos próximos a Santa María eran los únicos que se beneficiaban con dotaciones suficientes, lo que acarreó una división rápida por las herencias. Es cierto, de cualquier modo, que los ya abundantes caudales de los arroyos norteños explican el interés de las grandes fortunas salteñas por esa zona. Estos capitales están en la base de la expansión del antiguo viñedo colonial de esta zona a fines del siglo XIX.

En coincidencia con las primeras punciones de mano de obra para los cañaverales tucumanos, este desarrollo de la especulación vitícola indica el principio de una profunda transformación del valle que se escinde en dos mundos alrededor de Cafayate, nueva y volcada a la vitivinicultura, y de Santa María, más diversificada pero de contorno muy tradicional. En páginas llenas de vigor los autores nos llevan a un cuadro bastante desolador del valle actual. Destacamos los grandes títu-

2 *Ibidem*, p. 28.

los. El éxito de la viticultura en Cafayate ha dejado estancada a San Carlos, ubicada más al norte, con dificultades en el riego, mientras que Cafayate dispone de dos arroyos con caudales ya sostenidos en verano. En el año 1888 tiene Cafayate 291 hectáreas de vid, y 150 San Carlos; 626 y 328 en 1913; lo cual sugiere una evolución paralela. Pero ya ha sido alcanzado el máximo en San Carlos: en 1934 la producción de esta localidad, con 10.000 hl, no pasa del quinto de la de Cafayate. Así se ha ido conformando un pequeño mundo estable de obreros permanentes, de comerciantes y artesanos, hasta de profesionales, alrededor de las tres o cuatro grandes familias —y bodegas— de este pueblo ya urbanizado que se vuelca enteramente hacia Salta.

Yendo río arriba, apenas se pasa Tolombón, ya todo parece aridez, precariedad, miseria, abandono. Sin embargo, una población de unas 4.000 almas se arraiga en esta tierra. Santa María, a pesar de su Escuela Normal, de sus reparticiones oficiales, de su semblanza urbana y de sus 2.000 vecinos, deja una penosa sensación de soñolencia polvorienta. Sin embargo, se ha afirmado en los últimos sesenta años como ciudad capital del valle; pero una capital meramente local, sin apertura hacia la vida nacional, aunque ciertas medidas recientes podrían modificar estos datos, como ser la habilitación de una sucursal del Banco de la Nación. La aristocracia de los domadores de mulas desapareció hacia los años 1910-1920 para dar lugar a una reducida capa social de moldes capitalistas. El proceso no ha sido analizado en lo profundo. Es cierto que la llegada de los "negreros" tucumanos, allá por 1886, da el punto de arranque. En el año 1912, cuando estuvo por Santa María, Pierre Denis pudo observar todavía el comercio clásico de las mulas, pero ya 600 personas se iban por 5 meses a la zafra. Y lo que es importante, esta migración parece haberse apoyado en la "complicidad" de los negociantes del lugar, los cuales hacían avances a los braceros por cuenta de los ingenios; lo que podría sugerir un deslizamiento del poder económico del comerciante-artesano, que se lamentaba en 1886 por la huida de la mano de obra, al negociante en vías de reunir los capitales que harán de él un "fabricante" todopoderoso en el valle, a la manera del siglo XIX europeo. La fortuna de esta capa social se vincula directamente con la apertura, en el año 1943, del camino por Tafí: se pudo entonces introducir un verdadero monocultivo del pimentón, mucho menos exigente en agua y en trabajo, y que permite aprovechar las pequeñas unidades del sur del valle. Con su molino, Santa María es el centro de la recolección y del envío hacia el país, por Tucumán. El acceso directo al valle era pedido sobre todo por los cañeros: el pequeño propietario del sur nunca quiso dejar para siempre su pedazo de tierra y no se animaba a veces a emprender un largo viaje de cuatro días, a pie, por la sierra, para llegar a los cañaverales. El nuevo camino, por lo tanto, facilitó mucho esta migración golondrina. Pero el valle se inserta ahora en la evolución general del país: desde 1945 se nota una migración hacia el Litoral. Hace falta nombrarla, percibir la estructura por edad y socio-profesional; de hecho, un análisis demográfico profundo de toda esta zona es imprescindible.

Después de presentar el medio humano, en los dos últimos capítulos se dan las perspectivas y las técnicas de la investigación sociológica, la cual tiene allí por finalidad el estudio del enfrentamiento entre el tradicionalismo de una sociedad aparentemente congelada en su miseria, y los albores de una cierta movilidad y de un deseo de cambio social. Es, pues, un asunto que interesa a los especialistas, pero el lector tendrá placer en tomar contacto con las inquietudes y las técnicas de nuestros colegas sociólogos, a veces muy cercanas a las del geógrafo humano. También aprenderá mucho con la evocación tan conmovedora de ocho perfiles vallistas. Se alegrará de ver al sociólogo tan cuidadoso de enfrentar todos los problemas humanos que se plantean en esa región³: ya el aporte de los historiadores es notable, sus investigaciones se orientan realmente hacia un conocimiento profundo de la evolución del valle.

¿Lo diremos? ¡Cuánto lamenta uno que, en tamaña empresa, donde se movilizan los talentos y las experiencias de varios especialistas de las distintas ciencias humanas, esté ausente el geógrafo! En primer lugar se hubiera podido "ver" el paisaje vallista en su complejo físico-humano. Una fosa, un hundimiento entre la barrera Aconquija-Calchaquí y el sistema Sierra del Cajón-Nevados del Catreal, un dominio árido de altura en una latitud subtropical: todo esto queda dicho. Pero se tendría que describir en ambas faldas el notable desarrollo de los *glacis* de erosión con sus fuertes pendientes, que desaparecen en el fondo debajo de impresionantes formas de acumulación, a veces playas de arena que el río Santa María logra cruzar con mucha dificultad; pero que el viento sur casi permanente no se cansa de remodelar. El sector aguas arriba, hasta Fuerte Quemado, utiliza las aguas del río todavía nutridas al salir del Cajón en Punta de Balasto. Es la zona de los pueblos estirados cuyo tipo es Fuerte Quemado, alineación de ranchos a lo largo del canal de riego y de algunos bañados restringidos en la orilla. Aguas abajo cambia totalmente el aspecto del valle. Llama la atención lo disimétrico de la instalación humana: está desierta la ribera derecha al norte de Santa María. Es que allí las Sierras Calchaquíes, de menos altura que el Aconquija y ya retiradas detrás del macizo de Burruyacú y del valle seco de Trancas, reciben menos precipitaciones y dejan pasar pocas infiltraciones en la vertiente occidental. Los hombres, dejando el fondo del valle, donde el río se pierde en las acumulaciones detríticas laterales, buscan en la orilla izquierda los arroyos torrenciales que bajan de la sierra del Cajón. El habitat se concentra al pie de los *glacis* en el lugar en que la capa de guijarros deja lugar a los depósitos livianos, suelos esqueléticos por cierto, pero por lo menos cultivables. Es el caso de Colalao y de Tolombón; pero sólo Cafayate se beneficia con la conjunción de dos arroyos, el Chusca y el Yacochuya, de caudal más elevado por ser provenientes, no del Cajón sino de los Nevados de Catreal más al noroeste, y en una

3 *Ibidem*, p. 75 sg.

zona donde las pendientes más suaves por el ensachamiento del valle permiten una extensión del sector cultivable.

En un dominio donde la naturaleza pesa de manera tan brutal no se puede en ningún momento sacar el hombre del medio para observarlo *in vitro*. El geógrafo no puede evitar el planteamiento de problemas a sus colegas historiadores y sociólogos. Aquí tenemos realmente la impresión de que la rudeza del medio natural ha limitado y al final cristalizado la evolución económica y social. En el año 1912, Pierre Denis, tenía una visión acertada, al notar que, en este valle había tenido que llegar el fin del siglo XIX para que los hombres chocaran contra los límites que la naturaleza había colocado a la colonización y midieran exactamente el dominio alcanzable. La encuesta debería llegar a determinar el momento en que la ocupación del suelo tuvo que detenerse y en que los hombres tomaron conciencia de estos límites. Y eso con todo el proceso de cambio de la estructura social y mental que pudo producir.

En fin y sobre todo, la dialéctica del hombre y del suelo pasa allí por la conquista del agua. Toda la historia del riego queda por hacer con un equipo de historiadores y de geógrafos. Los arqueólogos observan la existencia de andenes de cultivo. ¿Se trataba de cultivo de secano o exclusivamente bajo riego, como parecen creerlo? La hipótesis de una desecación progresiva del valle⁴ no nos convence. Hasta se corre el riesgo de que sea lo contrario de una hipótesis de trabajo, al invertir los términos del problema. No es nada seguro, pues, eso de que la agricultura indígena esté relacionada con un clima más húmedo; su desarrollo se debería, más bien, a una mayor suma de trabajo organizado. Y la impresión de desecación puede ser consecuencia, de hecho, del abandono de los cultivos y de las parcelas irrigadas en los tiempos de la conquista y sobre todo cuando ocurrieron las deportaciones masivas de población en el siglo XVII. En medio árido, es el desierto el conquistador, pronto ocupa el terreno perdido, apenas el hombre se da una pausa en la lucha de cada momento. Habrá que estudiar con este propósito los depósitos superficiales eólicos que tal vez han cubierto ciertos yacimientos arqueológicos. En una palabra, es probable que el despobiamiento forzado de los valles calchaquíes hayan sido mucho más desecante desde el punto de vista agrícola que cualquier supuesto cambio climático.

Sin un análisis más cuidadoso de los métodos y de las estructuras jurídicas del riego en el terreno mismo, no se entenderá nada, sin duda, en la evolución de la propiedad en el sur del valle. Habrá que estudiar, pues, si la gran propiedad del norte no ha podido sacar mayor provecho de las disponibilidades en agua, mientras que la propiedad desmenuzada del sur parece marchar al unísono con un individualismo hostil a toda

4 *Ibidem*, p. 24.

empresa de conjunto. Hace cincuenta años, el geógrafo P. Denis notaba que el vallista "se ha ingeniado más aun para asegurarse contra el vecino que contra la mismísima naturaleza"⁵. Si la investigación llegara a probar que el agua era apropiada de manera independiente de la tierra, lo que no es imposible, habría entonces que tomar de nuevo todo el problema de la génesis de la pequeña propiedad vallista. En el siglo XIX, siglo de transformación económica marcado por una mayor circulación de las especies monetarias en el valle, un latifundista sin agua pesa poco frente al que, pobre en tierra, es rico en agua.

En este dominio del torrente y del cono fosilizado, otras cuestiones, ya de detalle, vienen al espíritu. Sin duda, habrá que cartografiar, en ciertas comunidades, la morfología y la estructura agrarias para entender las conexiones entre niveles sociales y situación geográfica de la explotación. ¿Existiría, por ejemplo, una estratificación de la propiedad y del nivel de vida al subir la pendiente del *glacis*, siendo más fértiles los sectores más bajos, en principio, por estar constituidos de materiales de acumulación más finos?

Estas pocas indicaciones bastante fragmentarias, sencillas, sugerencias e hipótesis de trabajo, no tienen sino una meta: dar testimonio de nuestro interés apasionado por esa valiosa experiencia de encuesta total que rompe barreras levantadas, a veces artificialmente, entre las distintas ciencias humanas. Nos parece evidente que en esta investigación interdisciplinaria el papel del geógrafo es algo original: especialista del estudio de las conexiones entre el hombre y el medio —natural o transformado por el mismo hombre— permite insertar la evolución de una sociedad en su marco natural; y plantear al historiador y al sociólogo muchas preguntas que pueden permitirles ahondar el análisis, desde el mismo momento en que se rehusa a considerar al hombre como un ser abstracto, que habita no importa dónde.

En resumen, este cuaderno promete y tiene mucho. El enfoque está lleno de vigor y de rigor, las cuestiones son planteadas con acierto, el cuadro actual y la evolución son dibujados a grandes rasgos.

A través de él, la sociedad del valle es bien conocida, en su realidad presente y pasada; pero, contrariamente a tantos ensayos en el país, que olvidaron a menudo al hombre en sociedad, en este caso es el medio que la naturaleza ha impuesto al hombre, el que queda algo olvidado y desechado. No hay duda de que una próxima publicación nos traerá el testimonio apasionante de esa búsqueda del hombre, en lucha con una naturaleza hostil y a la vez llamativa.

ROMAIN GAINARD

⁵ DENIS, P., *République Argentine, la mise en valeur du pays*, Paris, 1920, p. 34.